

# ESTRENANDO MEMORIA

Francisco Miguel Cubero Lorón

Image not found.

# Capítulo 1

## ESTRENANDO MEMORIA

Antonio Espinosa, iba mirando las diferentes salas numeradas que se iba encontrando por el largo pasillo, hasta que llegó a la sala de Neurología, la Nº 19, atendida por el Dr. Federico Laín, donde tenía cita para las 11,05 h.

Como eran aún las 10,45 h., se sentó a esperar en una de las sillas que había en el ensanche del pasillo, y que hacía las veces de sala de espera.

*"Hola, buenos días... ¿llaman, o hay que entregar la hoja de la cita? Es que es la primera vez que vengo a la consulta de este doctor"*, le dijo a una señora, menuda y regordeta, que esperaba su turno con las manos cogidas sobre el regazo.

*"Tranquilo, le llamarán. Una eminencia"*, dijo la señora sabiendo bien lo que decía.

*"Una eminencia..., ¿quién?"*, dudó Antonio.

*"El doctor éste. Tiene hasta la carrera de medicina y todo, según dice un diploma que hay en la consulta. Ya lo verá, que lo tiene colgado en la pared, a su espalda. Y es, alto"*, terminó de decir.

*"¿El diploma...?"*, volvió a dudar Antonio.

*"No, el médico. Ya le he dicho: una eminencia. A mí me viene tratando desde hace más de diez años, y muy bien, muy contenta"*, e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza cerrando los ojos, mientras fruncía los labios como apoyo a su sí, gestual.

*"¿Y de qué le trata, si no es meterme donde no me llaman...?"*, preguntó Antonio.

*"De la memoria, y de que me voy de cabeza. ¿Vd. también se va de cabeza?"*, le preguntó ella, que se llamaba Margarita, según le dijo durante la conversación.

*"Pues..., no..., no. Que yo sepa. La memoria, sí, también como a Vd., que no me funciona como Dios manda. Será que tengo 68 años, según se empeña mi médico de cabecera. De momento..., me conformo con lo de la memoria, sólo"*, y le sonrió él, aunque ella no se percató de la ironía final, porque era de esas personas que todo se lo tomaban en serio. *"Imagino que como dice Vd. de él, que es una eminencia..., será porque a Vd. se le han mejorado los males de su... memoria, desde que la está tratando...,*

¿no?", preguntó a Margarita.

*"Hombre, si tiene la carrera de medicina, será porque es una eminencia, que si no..., de qué le iban a dar ese diploma que tiene. Y luego, que es muy simpático. Y alto.*

*Lo de mejorar..., no mucho, la verdad. Mi nuera, le dice a mi hijo que estoy como una cabra, porque malmeto. Lo sé, porque me lo dice él cuando viene a verme a casa, no porque me acuerde..."*.

La puerta de la consulta se abrió y salió la enfermera que dijo:

*"¡Margarita Langa...!, ¡Margarita Langa...!"*, y miró para los lados porque ninguna de las mujeres presentes se movía de las sillas.

*"¿No le estarán llamando a Vd.? Han nombrado a una tal Margarita Langa"*, le preguntó Antonio.

*"Ah..., no sé. Mire Vd. aquí a ver, en la citación que llevo..."*, y se la enseñó.

*"Claro..., es Vd.; vaya..., vaya..."*, le dijo a la señora, mientras hacía un gesto a la enfermera señalando a Margarita, como que era a quién llamaba.

*"¡Ufff...!"*, exclamó Antonio, al tiempo que movía la cabeza a un lado. No habían pasado ni cinco minutos y, Margarita, salió sonriente de la consulta.

*"Encantada, ¿eh? Si necesita cualquier cosa en Cadrete, calle Nuestro Sagrado Corazón, 36, tiene su casa. Modesta, pero limpia"*, le dijo ella a Antonio cuando ya hacía mención de irse.

*"¡Antonio Espinosa..., Antonio Espinosa...!"*, llamaba la enfermera, ahora.

*"Me va a perdonar, Margarita..., pero me están llamando. Tranquila que, cuando vaya a Cadrete, pasaré a verle, faltaría más. Tenga, le dejo mi tarjeta con mi nombre y dirección. Pone, "representante de Química Montiel", pero eso era de cuando estaba en activo. Pero los demás datos están bien. Esto de aquí abajo es mi dirección particular de correo electrónico, por si prefiere comunicarse conmigo por ese medio. Lo que Vd., prefiera, Margarita. Para servirla"*, y ya se metía para la consulta, apremiado por la enfermera, que no tenía todo el día para despedidas.

*"Vale, pero lo de las redes sociales, lo lleva más mi nieto, que es el que entiende..."*, y se quedó con la palabra en la boca porque Antonio, ya había entrado en la consulta cuando acabó de decir lo de *"entiende..."*. Se quedó parada Margarita en el pasillo, frente al cartel de "Salida", y se

preguntó: *"¿De qué conozco yo a este hombre, que me suena tanto su cara... Si es que no puede ser: conozco a tantas personas que..., por demás"*. Y salió a la calle, cuando las puertas automáticas de cristal, se abrieron. *"Gracias, muy amables"*, les dijo.

Al entrar en la consulta, Antonio pudo comprobar que el diploma estaba donde Margarita le había dicho y que el doctor era, alto. Lo de si era una eminencia o no, ya se vería.

*"¿Qué pasa..., Antonio?"*, le preguntó el médico leyendo el nombre de su nuevo paciente, en la citación.

*"La memoria..., que estoy preocupado con ella"*, le dijo Antonio, para empezar a explicarle qué le pasaba.

*"Tenemos mala memoria... ¿eh?"*, se anticipó el médico porque era el mal de la mayoría de personas mayores que iban a su consulta.

*"¿También..., Vd.?"*, le preguntó extrañado, Antonio.

*"No..., no..., el plural que he empleado es sólo una forma de hablar, perdone. Bueno, cuénteme"*, le dijo sonriendo sin saber si es que se habría creído ese plural con el que parecía autoincluirse, o es que le estaba vacilando.

*"Pues es que me pasa..., que recuerdo cosas que no he vivido realmente"* y se quedó esperando ver la cara que ponía el médico.

*"Pero eso es... que fantasea, pues. ¿Y qué..., recuerda?"*, le contestó.

*"Pues no lo sé, pero recuerdo de cuando era cirujano cardiólogo. Y le podría describir cómo, detalle a detalle..., se hace una operación de trasplante, por ejemplo. O cómo colocar un bypass. Y yo he sido, casi que desde que comencé a trabajar, representante de una empresa de productos químicos. Ni químico siquiera. Lo mío era vender los productos que fabricábamos o que comprábamos a fábricas más importantes. Y de medicina sabía, hasta que comencé a recordar estas cosas..., pues como cualquier otra de las personas que van por la calle: nada. Bueno, algunas nociones básicas que todos escuchamos. ¿Qué le parece?"*.

*"Curioso. Eso me parece porque..., nunca nadie me había venido con un "problema" similar. ¿Y sólo recuerda cosas de cardiología, o también de otras especialidades médicas?"*, le preguntó interesado, el médico.

*"Pues, no..., sólo cardiólogo operador. Pero es que una vez se lo comenté a un médico de éstos, y me dijo que le describiera todo lo que recordaba que yo hacía en esas operaciones. Y yo, pues le di todos los detalles: desde que atendía a un enfermo de ese tipo, el diagnóstico que le daba*

*con las pruebas hechas, cómo le hacía el trasplante, y todos los colaboradores necesarios que estaban conmigo en el quirófano. Y me dijo que, efectivamente, el proceso que yo describía era más o menos, lo mismo que él hacía. Se pensó que yo era algún colega suyo, que le estaba tomando el pelo. Aún miró a ver si había alguna cámara oculta, para asegurarse que no era una broma", dijo Antonio riéndose de la anécdota.*

*"Bueno, Sr. Espinosa..., ¿y de qué quiere que le trate a su memoria..., que le borre sus recuerdos inventados? Porque los recuerdos, verdaderos o no, no son algo que estén identificados en el cerebro y que se puedan anular a voluntad del titular. Normalmente, yo, lo que intento hacer en todos los casos es prolongar la vida de la memoria de los que aquí vienen. Y no, a seleccionar recuerdos. Insisto... ¿Vd., qué desea que le haga a la suya? Su caso es un tanto especial, tal y como me lo ha contado, pero se parece a aquellos que tienen fantasías y que, como en los tebeos antiguos, creían ser Napoleón. Pero sólo se creían el personaje, sin recordar su vida entera con sus pormenores, como Vd. con lo de cirujano cardiólogo. Igual es que Vd. fue eso realmente, que se le ha olvidado..., y se cree, ahora, que sólo fue un representante de productos químicos. Esto haría a su caso, más normal. Lo de "sólo", no lo tome de forma despectiva; únicamente es que recordar ser cardiólogo cirujano, es mucho más complejo que imaginarse representante de una fábrica química, supongo yo", dijo el médico, como una posibilidad más probable.*

*"Yo también lo he llegado a pensar, pero recuerdo mis dos... oficios, en ambos casos, con todo detalle: así que alguno de los dos, está engañando a mi memoria. Y en las dos actividades recuerdo, por un lado, a mis pacientes a los que recuperé, y a los pocos que se me murieron en el quirófano, o después. Y hasta me encuentro por la calle a alguno de aquéllos que sobrevivieron, sólo que no me atrevo a saludarles porque sé que no puede ser cierto. Y por otro lado, a los clientes de mi empresa química, les saludo y todos me recuerdan. Y en general, con agrado, porque la empresa a la que representaba, era seria y tenían o vendían buenos productos. He traído fotos y documentos que avalan que sí, que, realmente, tuve este trabajo. Del otro, del de cirujano, obviamente no tengo más que mis recuerdos. ¿Puede una persona que se trastorna y que se crea cirujano, describir con tanta precisión, todos los pasos que se necesitan para algo así? Es que me sé los nombres de mis colaboradores, anestesistas, enfermeras, utensilios, aparatos, clínicas en las que operé..., además del de muchos de mis pacientes. Pero mi memoria, no llega por ejemplo a cuándo estudié todo eso, ni en dónde aprendí a operar.*

*Es como una memoria que no tomara carrerilla para empezar a existir y que comenzara ya..., en que soy operador. No existen recuerdos de todo lo anterior. Tampoco es tan raro: no ha existido lo anterior. Aunque tampoco lo de después, que sé que sólo es una muy meticulosa fantasía mía. Así lo comprendo", dijo el paciente, con resignación. Y añadió: "Y lo malo es..., que me va a más, que cada día que pasa recuerdo más*

*cosas..., o me las invento. Lo que también tiene su mérito, en este caso".*

El médico, le miraba sin comprender nada. Era un paciente sosegado, que decía cosas coherentes en su exposición y no se le veía tampoco preocupado. Tal vez, antes de tratarle de..., de lo que fuera, había que comprobar que sabía tanto de cardiocirugía como él afirmaba y si se le veía tan experimentado, que no pudiera fingir sus conocimientos, ni ser un embaucador, ni un chalado disfrazado de persona tranquila, antes de descartar totalmente, que no fuera un cirujano cardiólogo que se creyera representante de productos químicos.

Así que esa extraña forma de distorsión de la memoria de ese paciente que tenía delante, de repente, se estaba convirtiendo en un reto para el neurólogo. No era otro caso más para los que no tenía más opción que descartar que las pérdidas de memoria no fueran debidas a tumores, o al Alzheimer, sino que sólo era el normal deterioro neuronal propio de esos seres vivos que duran más de lo que la Naturaleza tenía previsto para ellos.

Este caso, de ser cierto lo que Antonio Espinosa contaba, era desconcertante. De modo que se lo tomó como algo en donde aprender, y salir de la rutina de todos esos pacientes mayores, para los que no tenía ningún remedio.

Antonio, le entregó al médico un dossier con hojas de plástico clasificadoras donde, en cada una de ellas, había fotos, documentos, nóminas, contratos, y demás recuerdos de su paso por "Industrias Químicas Montiel, S.A." que, metódicamente, había ido conservando cronológicamente. Y eran muchos años de recuerdos los que en ellos se podían apreciar, así, viéndolos sólo por encima.

*"Es evidente...", dijo el médico ante tanta prueba documental, "...que Vd. realmente ha sido empleado de esta empresa, y que ha ejercido la profesión que me ha dicho. Ahora, querría comprobar..., aún no sé cómo, que es Vd. un artista con el bisturí arreglando corazones, y sin haber estudiado nada. Bueno, déjeme que hable con algún colega mío, y suyo ( perdóneme la ironía...), a ver si es verdad que "recuerda" algo así y sea capaz ante otros cardiólogos, de decirles qué deben de hacer, paso a paso, en la realidad de un quirófano. Claro que... me tendrán que permitir hacer esta prueba tan inusual. Y, ya, una vez comprobada su capacidad ante algo así..., pues a buscar la causa de esta memoria inventada. En pocos días, le citaré de nuevo y le explicaré lo que vayamos a hacer. Si le digo la verdad, su caso es el primero que veo, así que no sé si sabré corregir su sabiduría médica. Si es que se puede".*

Y diciendo esto, el médico se incorporó como dando por terminada la primera visita de Antonio Espinosa y, éste, se incorporó también. El doctor, le dio la mano (algo que rara vez hacía con sus pacientes), se la

estrecharon y se despidieron.

*"En pocos días, nos volveremos a ver, Antonio. Si me lo permite, se convertirá Vd. en mi conejillo de Indias. No me falle"*, le dijo el Dr. Laín, sonriéndole.

*"Será un placer; y a ver si consigue Vd. mi jubilación para este trabajo mío tan estresante. Lo que tendría que mirar, de paso, es si tengo derecho a una pensión, o no: qué menos, después de todo este tiempo ejerciéndola"*, le contestó Antonio con una sonrisa entre la ironía, y la esperanza en su jubilación como médico.

En los días siguientes, el Dr. Laín, estuvo hablando con varios colegas cardiólogos a los que les habló del extraño caso que llevaba entre manos y, aunque tenía infinitas dudas de que una memoria así tuviera cura con los conocimientos que tenía la medicina neurológica, pues le intrigaba más aquél caso, que el cómo curarlo. Porque se trataba una desmemoria inversa: cada vez, su paciente, recordaba más cosas que no había vivido pero que eran de tanta complejidad, y tan reales, que no podían estar al alcance de un profano. Y eso era lo primero que había de desentrañar.

Así que varios se ofrecieron para que Antonio Espinosa pudiera hacer su examen de cardiología, de modo que fue citado junto con su neurólogo, con dos horas de anticipación, pues había habido un accidente de un motorista joven, muerto, y los familiares habían accedido a realizar una donación múltiple de sus órganos. Entre ellos, el corazón.

Antonio ya estaba avisado de que esto podría ocurrir en cualquier momento, así que estaba preparado por si le llamaban. Le pasó a buscar con el coche el Dr. Laín por su domicilio y, sin pérdida de tiempo, se llegaron al hospital donde se iba a celebrar el trasplante.

Convenientemente esterilizados y vestidos, pasaron a la zona previa del quirófano, donde estaban los especialistas que iban a intervenir en la operación, haciendo un repaso de las características y necesidades del receptor. Y el Dr. Laín se dirigió a saludar a sus colegas y a presentarles a su paciente.

*"Hola, Federico, ¿qué tal...; tu... paciente, supongo...?"*, y se quedó mirando a Antonio, a la vez que saludaba a su amigo.

*"Mire, Antonio, le presento a..."*, y sin terminar el Dr. Laín la frase de presentación, dijo el aludido:

*"Hola, Alfonso. Sí, ya nos conocemos de otras veces. No es la primera operación en la que nos toca colaborar, ¿eh...?"*. Y le dio la mano sin

titubeo, aunque no sin asombro del médico.

"¿Nos conocemos ya, dice...?", le preguntó el Dr. Alfonso Miralles.

"Claro, ¿no te acuerdas? Bueno..., tú no puedes acordarte, pero estuvimos juntos en la Clínica Salus, instalando un marcapasos y haciendo un bypass a una señora que, además, era conocida tuya. Eso fue..., si no me equivoco..., hace unos seis meses: ¿lo recuerdas?", le dijo con toda naturalidad, Antonio.

Alfonso Miralles..., no salía de su asombro. Sí que recordaba esa operación, claro, que había sido en aquella clínica privada, y que la paciente era una prima segunda de su mujer. Y sabía que, quien le hablaba, sólo era un paciente más de su amigo Federico, y que no había estado para nada en aquella operación, en la que sólo estuvo su equipo habitual con el que trabajaba. Intentaba encontrar un punto de lógica a todo aquello y le dijo:

"Pero, Vd.... ¿cómo sabe...?", y la pregunta se quedó sin terminar porque en esos momentos estaba entrando en el quirófano, el que tenía que recibir el corazón que le iba a renovar la vida.

"Bueno, vamos para adentro. ¿Seguro que quiere entrar...? Otros, se desmayarían viendo el amasijo sanguinolento que somos por dentro, una vez abiertos en canal, ¿eh?", le preguntó el Dr. Miralles a Antonio, que seguía sin creerse su historia sin pies ni cabeza que se habría tenido que inventar, como no podía ser de otra forma.

"Tranquilo, Alfonso, que ya he estado otras muchas veces", le dijo Antonio con camaradería y confianza en sí mismo.

"Vale, pasamos y quiero que me vaya explicando todo lo que voy a tener que hacer durante el trasplante, a ver si es verdad que tiene tanta pericia en esto, como afirma", terminó de decir el operador, mientras empujaba suavemente por la espalda a Antonio, para que entrara en el quirófano. Éste, comprendiendo la desconfianza del médico, se sonrió para sí, avanzando con paso decidido de quien sabe por experiencia, que los quirófanos son y contienen casi todos, lo mismo. Y éste, pues no variaba mucho de en los que recordaba haber trabajado hasta ahora.

La camilla con el paciente, ya estaba bajo los focos y cada uno de los que iban a intervenir de algún modo en el trasplante, estaban manipulando el instrumental o los aparatos que controlaban las constantes vitales del paciente, o sustituían a los órganos que momentáneamente dejaban de funcionar durante la operación.

Antonio, le iba diciendo a Alfonso para qué se utilizaba cada cosa, el orden en el que se utilizarían, y los pasos que habría que ir dando una vez la

operación de trasplante, comenzara.

Era evidente que a Antonio, todo aquello le era familiar como para el resto de los que allí estaban, se movía con soltura entre ellos y sabía, según el aparato que manejaba, cuál era su cometido y cuándo le tocaría meterse de lleno en aquél proceso tan complejo que aunque rutinario, siempre estaba expuesto a imprevistos a los que hacer frente.

Alfonso se estaba desconcentrando con todos aquéllos conocimientos que aquél, sin duda, sí tenía. Hasta le puso alguna trampa para ver si detectaba el "error" que el cirujano iba a cometer y que Antonio, extrañado, le corregía. Así que le tuvo que pedir que, por favor, se saliera del quirófano. Ya le bastaba con lo visto y debía concentrarse sólo en su trabajo. Antonio y su neurólogo, abandonaron aquella sala.

*"¿Qué le pasa, Dr. Laín?", le preguntó Antonio, "¿He hecho algo que no debía, ahí dentro? Es que le veo raro y callado", terminó.*

*"Pues es que es una mezcla entre desconcertado por las cosas que Vd. ha demostrado conocer, su sensación de tranquilidad mientras se estaba operando a aquél hombre..., y yo, que ya no estoy muy acostumbrado a presenciar estas cosas, por muy médico que sea. No se ría de mí, pero cuando le han abierto para dejar el corazón al descubierto y todo eso..., me he tenido que esforzar por mantener la calma. ¿No ha sentido algo parecido en algún momento?", dijo el Dr. Laín.*

*"Pues..., no, la verdad: estoy, acostumbrado. Al menos, eso es lo que recuerdo. Y lo que me preocupa es que estando ahí dentro, aún me han venido a la memoria, operaciones de hace más tiempo. Lo digo por el material algo anticuado, con el que las hacíamos. Sobre todo el desfibrilador aquél que he recordado", le contestó con un poco de sorna, a su médico.*

*"Mire, Antonio, vamos a hacer una cosa: Vd., váyase a casa y el lunes que viene, venga a verme. Tenemos una semana para que Vd. siga atrapando sus recuerdos de cardiólogo operador y yo, hablaré con el Dr. Miralles a ver qué le han parecido sus conocimientos, y trataré de buscar una explicación a su... anomalía memorística. Así, me dará tiempo de hacer consultas con otros neurólogos para ver si entre todos..., sacamos algo en claro con Vd. ¿Vale...?", le dijo su médico.*

Antonio asintió, se saludaron y se despidieron.

*"¿A qué hora paso el lunes...?", le preguntó Antonio antes de irse.*

*"Ah..., sí..., pues a ver... ¿qué tal a las 12, cuando acabe mi consulta? O 12 y media, para más seguridad, que siempre hay algún enfermo que está*

*más rato de nuestros tiempos por enfermo. ¿Le va bien a esta hora...?"*

*"Sí, sí..., por mi no hay problema. Tampoco tengo mejor cosa que hacer. Hasta el lunes, pues".* El Dr. Laín se quedó a esperar a que el Dr. Miralles acabara su intervención y Antonio se fue, rumbo a su casa.

*"¿Cómo ha ido la operación, Alfonso?"*, le preguntó un doctor al otro, cuando éste último salió por fin del hospital, y se sentó en la mesa del restaurante en que habían quedado para comer y donde Federico llevaba rato esperándole.

*"¿Cual..., la mía..., o la de tu paciente?"*, le contestó con ironía Alfonso Miralles. Y siguió: *"La mía bien. Rutinaria, que le decimos aunque..., de eso, nada: que la tensión no la pierdes en ningún momento. Tu paciente, casi sí que me la hace perder con sus consejos. Te digo una cosa: ése, no sé si es cardiólogo cirujano o no, pero si no lo es..., se le parece demasiado. Sabe de lo que habla, cómo decirlo, y lo que hay que hacer. Igual lo ha estudiado por correspondencia, yo qué sé. Pero lo que ha dicho, no se puede fingir. Ni lo ha podido consultar el día de antes, en la Wikipedia. No me digas cómo, pero es cardiólogo y tan bueno como lo pueda ser yo. Espero que no me quite mi puesto"*, y se echó a reír cuando ya el camarero venía a tomar nota de lo que querían comer. Cuando se fue hacia la cocina con el encargo, siguió la conversación entre ellos:

*"¿Entonces...?"*, insistió Federico.

*"Pues que entonces..., los recuerdos que tiene como cardiólogo, que son reales. Y ninguno de nosotros le conocía a él, pero él nos conocía a todos. Eso es, quizás, lo que más me desorienta. ¿De qué nos conoce, realmente? En fin..., a partir de aquí..., es todo tuyo. Un buen reto para tu especialidad, te lo digo yo"*. Levantó la copa de vino blanco que tenía delante de sí, y la chocó con la de Federico: *"Por la ciencia de la neurología"*, le dijo.

*"Pues que sea por ella. Vaya culo que me ha metido el bueno de Antonio Espinosa. ¿Y qué le digo yo, si no tengo ni idea de lo que le pasa...?"*. Agitó la cabeza un poco pensando en el reto, y se llevó el vino a la boca. Sí, estaba en su punto de frío y de sabor.

Era lunes. Había transcurrido una semana ya desde que Antonio Espinosa había pasado la prueba con muy buena nota y, cuando su reloj de pulsera marcó las 12 del mediodía, se sentó en una de las sillas de la zona ancha del pasillo que seguía haciendo de sala de espera. Era el único que estaba allí, lo cual quería decir que dentro de la consulta, debía de estar el último de los pacientes citados por el Dr. Laín. Pronto le tocaría pasar.

Diez minutos más tarde, la puerta se abrió y el hombre que estaba dentro, desde ella, se despidió del doctor. Al cabo, salió éste a comprobar

si Antonio Espinosa ya estaba en la sala de espera y, al verlo, le indicó con un gesto de su mano, que pasara.

*"¿Qué tal, Antonio..., cómo ha ido la semana? ¿Ha notado algún cambio o mejoría, en lo de su memoria?"*, le preguntó el Dr. Laín cuando su paciente se sentó frente a él, después de que se saludaran al encontrarse en la puerta.

*"Pues..., a ver cómo se lo explico, porque ni yo mismo entiendo bien lo que me está pasando. Creo que se lo voy a poner un poco más enrevesado"*, y se sonrió al ver la cara del médico, que dio un suspiro contenido que parecía decir *"¡Ay, Dios mío..., qué le pasará, ahora"*.

*"Bueno, cuénteme, que se está poniendo esto de lo más emocionante"*, ironizó el Dr. Laín.

*"Se lo voy a explicar, gráficamente..., si sé. ¿Ha visto en algún museo de Historia los dioramas esos que se hacen en miniatura, para explicar una batalla y las posiciones de los contendientes? Pues así comencé a ver mi vida, cuando empecé a recordar mi pasado de cardiólogo. Tenía, en la parte de arriba del diorama ése, mi vida de representante de productos químicos, con mis clientes y mis viajes para visitarles. Era la parte importante y única. Pero, por la cara inferior del panel del diorama, empezó a crecer mi otra vida, la que dicen que no puede ser cierta y, allí, han ido surgiendo boca abajo, todas las figuritas entre las que aparecí yo en primer lugar, con mi bata blanca y, poco a poco, se va poblando de los demás profesionales que me han ido asistiendo en las intervenciones a mis pacientes.*

*Y como si la fuerza surgida de la cara inferior fuera desnivelando mi diorama superior..., se está empezando a girar y ya no estoy seguro de cuál es la cara buena. Porque la que estaba arriba, ha comenzado a perder piececitas con la que se me construyó en estos más de 40 años de trabajo, vendiendo o tratando de vender, porque cada vez estaba más complicado.*

*En definitiva, que el cardiólogo está empezando a devorar, al representante; y que ese proceso se está acelerando desde que vine a su consulta el primer día, como si mi yo médico, temiera por su propia existencia si, para lo mío, tuviera Vd. la solución ésa que él no desea. Los recuerdos del representante..., los siente como los de un rival que estorba a esa otra memoria recién nacida. Y en esa lucha por quién acabará ocupando el espacio de mi cabeza, ya se me están empezando a borrar recuerdos de cuando comencé en le empresa química. Así que no sé si todo lo que la nueva memoria vaya engordando, no será a costa de la antigua. Quitado esto, por lo demás, bien".* Y trató Antonio de adivinar

qué pensaba el médico, porque se quedó un rato, pensativo.

Se levantó el Dr. Laín, dio unos pasos como buscando una salida, se mesó los pocos cabellos que le quedaban, y regresó a su silla. Estaba atrapado entre el interés que ese caso le provocaba y su resignada consciencia de que no sabía cómo ayudarlo.

"¿Y cómo se siente con esa conciencia inventada, depredadora, y aún dual, que me está contando?", le preguntó a Antonio para ver si podía atar cabos.

"Pues me siento... bien. Ni raro siquiera, porque para mí son... sólo recuerdos. Lo de que sean nuevos o viejos, aunque se puedan diferenciar de esa manera, yo los siento sólo, como..., mis recuerdos. No sé..., es parecido a recordar que de pequeño ibas casi todos los días a la escuela, pero unos pocos, al cine. Pues aquí, lo mismo: unos días era cardiólogo y, otros, representante. No sé si me explico. Vamos, que aunque sé que algo me falla, no me está creando ningún trauma por ello", dijo Antonio, con naturalidad. Y terminó, con la pregunta inevitable: "¿Y qué dijo el Dr. Miralles, sobre mí?"

"Pues que para él, Vd. es cardiólogo. Y con un nivel similar al suyo, me dijo", y miró Antonio a ver si se sorprendía.

"Ya sabía que tendría que admitirlo: la verdad no tiene más que un camino", y sonrió al decirlo tan seguro.

"Y antes de que su cardiólogo sufra una metástasis invasora en su cabeza y se convierta en dueño y señor de la misma..., ¿qué quiere que hagamos con él...: matarle, si sabemos cómo?", le preguntó el médico.

Antonio, se quedó pensativo unos instantes, ante una pregunta para la que él no se había preparado. Y dijo, a continuación:

"Hombre..., matarle..., no sé..., me parece algo muy fuerte eso de "matarle". Los recuerdos que tengo de él, son mucho más interesantes que los que guardo como representante. Total..., representante... ¿qué era?: pues siempre lo mismo. O parecido. Sí, que volvía a casa muy satisfecho alguna noche, si había conseguido un buen pedido con el que mis jefes se ponían muy contentos y, yo, ese mes, me llevaba un buen pellizco de comisión en la nómina. Pero nada más.

Y por otra parte, aunque en casa, mi mujer sólo esté preocupada por lo que me pueda estar pasando con estas dos memorias que tiran hacia lados diferentes cada una..., pues en mis recuerdos de médico, yo la veo a ella más satisfecha de mí y de ser mi mujer, como cuando nos hemos ido a cenar por ahí, con otros colegas médicos. Muy distinta esta vida social, de la que he llevado estos años con los compañeros de la empresa

*química. Al fin y al cabo, unos don nadie como yo. Doctor... ¿me estoy volviendo loco?", le preguntó con tristeza porque el pasado que quería elegirse..., pues que sabía que no era el real, por mucho que lo pareciera.*

*"Si Vd. no supiera nada de nada de cirugía cardiovascular..., ahora mismo le derivaría a su psiquiatra porque, en términos coloquiales..., está Vd. de encerrar. Y no digo que no acabe mandándole, pero sus conocimientos son reales y, eso, ni Vd. se los ha podido inventar ni, yo, obviar. Hay muchos locos que creen ser un personaje histórico, pero de ahí no pasan. Y bueno, la psiquiatría cuenta en estos momentos con muchos medicamentos que van resolviendo esas neuras, que sí son tratables ahora.*

*Yo, ahora, y por descartar patologías, le mandaré hacer unas pruebas, bueno, ya sabe, que si un encefalograma, una resonancia magnética y alguna más, aunque creo que van a salir todas negativas. Pero nunca se sabe. Y si todo sale bien..., pues ya entonces, mi misión habría acabado y debería ir a que le viera su psiquiatra, si los síntomas no han remitido en todo este tiempo que transcurre hasta que tenga los resultados. Yo, le voy a pedir cita prioritaria para las pruebas. ¿Le parece bien?", le preguntó al final el Dr. Laín.*

*"Pero..., ¿podría llegar a curarme, y volver a ser sólo un representante jubilado?", le preguntó Antonio con un tono de preocupación, como quien está a punto de perder algo muy valioso.*

*"Yo..., no estoy muy al tanto de lo que, desde un punto de vista psiquiátrico, le estaría pasando a Vd., Antonio. Su caso es..., demasiado especial pero..., sí, podría llegar a curarse, como se curan otros. Aunque el precio de "curarse" es recuperar la realidad, a pesar de que esta memoria nueva le esté gustando más que la vieja. Pero cardiócirujanos jubilados, llenos de prestigio antiguo, también hay muchos. Así que uno más, o uno menos..., no se va a notar. Bueno, ya le digo, en pocos días, recibirá en su casa, las citas para las pruebas". Y con estas palabras, el médico, dio por concluida esta visita.*

La buena voluntad del Dr. Laín para que las citas le llegaran en pocos días, no sirvió de mucho y tardó en recibirlas. Pero como todo llega en esta vida, le llegaron y se las hicieron. Y algo más tarde, llegó también la cita del neurólogo para que Antonio se pasara por la consulta para analizar los resultados de aquéllas.

Así que a los tres meses, más o menos, de la última vez que estuvo sentado en aquella sala de espera, volvió a verse en el mismo sitio y se sentó de nuevo a esperar a que le llamaran.

Alguien, le tocó en el hombro, como para llamar su atención, y se giró

para ver quién era.

"Buenos días, D. Antonio..., ¿se acuerda de mí?", le dijo una señora regordeta que estaba acompañada por un hombre más joven. Antonio, puso cara de no recordarle y se lo hizo saber.

"Sí..., claro que se tiene que acordar, que nos juntamos aquí mismo hará como medio año, ¿no se acuerda...? Soy, Margarita Langa, de Cadrete. Éste, aquí presente, es mi hijo Samuel, que me acompaña hoy. La otra vez, es que no podía acompañarme por la cosa del trabajo. Y Vd. es, Antonio Espinosa, que aún tengo la tarjeta que me dio de cuando trabajaba en la empresa química aquélla. ¿Ve como sí que me acuerdo? De la memoria no estoy tan mal, ni se me va tanto la cabeza como dicen..., algunas", y se quedó mirando a su hijo, incluyendo en el gesto, un reproche. Éste, a su vez, miró a Antonio como para hacerle comprender que debía de tener un poco de paciencia con ella, y le marcó una sonrisa triste, a la vez.

"Perdone, señora... Margarita, me ha dicho, ¿no...?, pero yo creo que se está equivocando. Por aquí venimos muchas personas y es normal que eso pase. Sí que me llamo Antonio, como tantos otros hombres, pero no soy el que cree Vd. que soy, porque nunca he trabajado en ninguna empresa química. Fui médico, pero ya estoy jubilado, como lo estará Vd. también, supongo". Y le devolvió al hijo la mirada, y otra sonrisa compasiva con la confusión de la madre.

"Ah..., pues perdone pero, para mí, que era Vd. el que digo yo, que era un señor que había sido representante, aunque seguro que no me acordaría si no fuera porque tengo la tarjeta que me entregó aquella vez, encima de la cómoda de mi cuarto. Yo..., es que soy muy de guardar estas cosas, que nunca se sabe. Pues, perdone, si en algo le he ofendido, caballero. Algo..., sí que me falla la memoria: las cosas, como son", se disculpó Margarita.

"Está disculpada, Margarita, faltaría más. Todos nos despistamos alguna vez. Y si no, no estaríamos aquí sentados..., ¿verdad?".

La puerta de la consulta se abrió, y una paciente salió de ella. Y tras de sí, la enfermera con la hoja de las citas, para llamar al siguiente:

"¡Antonio Espinosa..., Ant....!", y la enfermera calló cuando el llamado levantó la mano para indicarle que sí, que estaba presente y que iba para allá de inmediato. Y en un minuto, desapareció dentro de la consulta del Dr. Laín.

Samuel, el hijo de Margarita Langa, se quedó mirando a su madre cuando

la puerta de la consulta se cerró, y le preguntó:

*"Pero, mamá... ¿de qué conoces tú a ese señor, al que has debido de confundir con otro, según te ha dicho? Un día, nos vas a meter en algún follón con esa memoria tan fatal que tienes, ¿o, no?"*

*"Pues, yo, te digo una cosa, Samuel: ése hombre es el que yo he dicho, que nos encontramos hace unos meses aquí, y me dijo que era representante, y no médico como dice ahora. Que hasta me dio una tarjeta de visita. Así que no sé a cuento de qué viene ahora con esas ínfulas de que es médico. Claro que muy normales, del todo..., no estamos los que aquí venimos. Pero ése es, el mismo: lo que yo te diga",* dijo ella quedándose con los labios fruncidos, en un gesto que siempre significaba, *"a mí, ése..., me la va a pegar, ¿o, qué?"*. Samuel, rindiéndose, miró hacia el Cielo que el techo del Centro Médico no dejaba ver, y solicitó un..., *"dame paciencia..., Señor"*.

Mientras en la sala de espera se dilucidaban estas cuestiones entre madre e hijo, en la consulta continuaba el extraño caso de Antonio Espinosa, cardiocirujano.

Al pasar dentro de la consulta, Antonio, estaba como exultante, marcando un paso firme que para nada suele ser el de los pacientes que acuden a ver a su médico, a quien suelen tener aupado en un podio imaginario, al que los médicos ya se han acostumbrado. Esta vez, no se cumplía esta norma asumida, sino que Antonio y él, estaban a la misma altura.

*"¿Qué tal, Federico..., cómo llevas la mañana?"*, le dijo el paciente a su médico, al verle. Y siguió: *"Pues, ya me tienes otra vez aquí. Tus citas, son órdenes para mí"*. Y, todo a la vez, mientras le tenía dada la mano al saludarle, le hizo un guiño cómplice. Al soltársela, aún le dio un golpecito suave con su codo, en el costado del Dr. Laín, en señal de confianza. Éste..., no salía de su asombro en el cambio de actitud de Antonio, que no sabía todavía a cuento de qué. Echó en falta ese esperado respeto reverencial de todo paciente.

*"Vaya, Antonio, parece que le veo muy animado, como muy... lanzado, que se dice hoy en día. ¿Cómo se encuentra?"*, le preguntó Federico Laín, después de haber perdido el doctorado con la campechanía arrolladora de aquél.

*"Oye, Fede..., déjate conmigo de formalismos y de tratarme de Vd. que, entre colegas, suena fatal en los tiempos que estamos. Y ya que me preguntas por cómo me encuentro, pues... feliz. Sí, esa es la palabra: feliz. Jamás me había sentido tan a gusto conmigo mismo. Bueno, ahora..., dime tú qué hay de lo mío, de las pruebas aquellas y todo eso. Seguro que han sido una pérdida de nuestro tiempo, y de dinero para la Seguridad Social... ¿me equivoco?"*, continuó Antonio en su tono

arrollador y confiado.

*"Pues sí, realmente ha sido una pérdida de tiempo, como Vd...., como tú dices, pero había que eliminar posibilidades y, ya están descartadas: tiene..., tienes la cabeza perfectamente. Bueno, eso es lo que dice el estado físico de tu cerebro. Ahora, a ver qué opina Antonio Espinosa de sus problemas con la doble memoria ésa por la que empezaste a venir aquí. ¿Cómo llevas al cardiocirujano emergente, ése?"*, le preguntó interesado el médico.

*"No, yo ya me noto bien, prácticamente ya se me han desaparecido los confusos recuerdos aquellos que tenía de representante que te comenté. No sé a fin de qué me dio por pensar eso, pero la verdad es que ya apenas interfieren en mi memoria. ¿No te jode...? Yo, representante de una empresa química..., qué cosas..."*, y lo dijo como mirando desde lo alto, el triste devenir de los que sí eran, de verdad, representantes de productos químicos..., o de lo que fuera.

*"Entonces, ahora..., tus recuerdos... ¿ya son sólo, uno? Que son, por lo que dices, los de... cardiólogo, ¿no?. Y los de representante, ya..., como si no hubieran existido..."*, le insistió por aclararse el pobre médico, que ya no sabía a qué carta quedarse y si le tenía que derivar, sin más dilación, a que el psiquiatra hiciera una revisión en profundidad de su estado mental.

*"Pues, sí, la verdad es que echando la vista atrás, cómo de rápido se me ha pasado la vida. Parece que fue ayer cuando con 18 años empecé mis estudios de medicina en la Universidad Autónoma de Madrid, y en 1974, y a tenía mi doctorado. Qué tiempos más buenos, aunque un poco convulsos en lo político, ¿eh..., Fede? Tú, ésos..., no te tocó vivirlos porque eres bastante más joven que yo"*, y miró al médico satisfecho de haber sobrevivido a los tiempos heroicos aquellos.

El Dr. Laín, permanecía en silencio, oyéndole hablar con esa naturalidad de quien repasa en voz alta las cosas vividas, usando una memoria prestada que no era la suya. O no debería de serlo.

*"¿Y luego..., qué hiciste con tu carrera de medicina, hasta llegar a hacerte cirujano cardiólogo?"*, para sonsacarle en qué punto de su relato se le rompía la historia que, vista desde fuera, parecía tan real como la de tantos médicos, incluida la de él mismo.

*"Ah... bueno, pues ante aquella incertidumbre política y económica que estaba viviendo España, pues con la ayuda de mis padres, que gozaban de una buena posición, y de una beca del Ministerio de Educación, me elegí sacarme la especialidad de cirujano cardiólogo en la universidad Johns Hopkins, en Baltimore. Fueron años muy duros en cuanto a los estudios, pero muy enriquecedores en todos los aspectos. Baltimore es*

*una tranquila y elegante ciudad. Bueno, o lo era en aquella época. Siempre he dicho que querría volver, pero con las veces que he regresado a los Estados Unidos, Nueva York..., Filadelfia..., que están cerca, y nunca he podido. ¿La conoces?",* acabó preguntándole al médico.

Le oía contar su experiencia, y seguía sin comprender de dónde sacaba todos esos recuerdos, que no eran contados de paciente a médico, sino como unos simples colegas hablando de sus cosas, en que olvidaba de que quien hablaba con esa naturalidad y seguridad, era alguien que necesitaba un tratamiento médico. Y le siguió hablando de Baltimore, de su arquitectura, de su clima suave y húmedo, y de un ambiente cultural muy europeizado. Claro que, hablaba de hacía unos 35 años y las cosas podían haber cambiado mucho desde entonces.

*"Esto..., bueno Antonio, a ver, recapitulando un poco sobre lo que en su día le trajo aquí, y fue que Vd. notaba que, de ser una persona que toda la vida había trabajado de representante, pues que le estaban apareciendo recuerdos infundados de una vida paralela como cirujano cardiólogo. Incluso me trajo documentación de la empresa química donde prestaba sus servicios. Es cierto que..., tiene conocimientos sobrados y contrastados de esa otra actividad que, de secundaria en su vida, ahora dice que es la única y que, la otra..., pues que se le va borrando. Yo creo, sinceramente, que yo ya no puedo hacer nada más, y que debería de consultar con su psiquiatra. Lo malo es que las dos actividades, de una u otra forma, parecen haber sido de lo más reales en su vida. ¿Vd., qué opina, Antonio?"*, le dijo un desorientado Dr. Laín ante el caso que tenía delante de sí.

Antonio Espinosa, le miraba y daba la sensación de que le oía, pero no le escuchaba, como si la recomendación del médico estuviera siendo dirigida hacia un supuesto paciente que se hallara sentado en la silla contigua.

*"Baltimore, si no has estado, te gustará. Bueno, y Nueva York o Filadelfia, también. Como estuve tantos años allá, hasta novia me eché. Pero cuando acabé mis estudios de esa especialización, mi novia, que era muy americana y no sabía ni dónde estaba nuestro país..., dijo que muy bien pero que se quedaba en el suyo. Así que me vine, y ya no volví a saber más de ella".* De la recomendación que le acababa de hacer médico, ni nombrarla.

**A continuación, de un sobre grande que llevaba consigo, se puso a manipularlo, intentando sacar algo de él. Y cuando ya tuvo fuera una cartulina tan grande casi como el propio sobre, le dio la vuelta y vio el Dr. Laín que era una típica orla de fin de carrera, con muchas fotos de jóvenes que la había acabado, tocados con sus birretes negros con tapa cuadrada y borla colgando. Sobre una banderola, en la parte superior, podía leerse: "The Johns Hopkins University School of Medicine". E inmediatamente debajo, "**

**Baltimore, S. Maryland", y el año: 1982.**

***"Mira, ves, Fede..., éste de aquí, soy yo. Qué joven..., ¿verdad? Bueno, no tanto, que ya tenía 33 años", le dijo Antonio, señalándose con el dedo. Bajo la foto, una pequeña leyenda con su nombre: "Dr. Antonio Espinosa Munoz".***

***"Perdona, Federico, que no te prestaba atención a lo que me decías antes sobre qué debo de hacer. ¿Te importaría repetírmelo?", le preguntó Antonio mientras guardaba con cuidado la orla, de nuevo, en el sobre.***

**F I N**